

miento, y aquel senadoconsulto, menos indiferente de lo que parecía, se preparó con otros muchos más útiles y más urgentes.

Tratábase, en vísperas de una lucha suprema contra la Europa, de encontrar hombres y dinero, en gran cantidad y pronto: desgraciadamente estos dos medios esenciales de toda guerra estaban agotados. En el mes de octubre anterior, antes de dejar á Dresde por Leipzig, Napoleón había encargado á María Luisa que se personase en el senado á fin de obtener el alistamiento de 1815, que debía dar ciento sesenta mil hombres, y además un alistamiento extraordinario de ciento veinte mil sobre los contingentes de 1812, 1813 y 1814 ya libres. El senado no había puesto más dificultad á conceder aquellos doscientos ochenta mil que á entregar tantas otras víctimas de la guerra actualmente sepultadas en los llanos de Castilla, de Alemania, de Polonia y de Rusia; pero aquellos inmensos alistamientos, cuya pronta realización era tan de apetecer, eran más difíciles de decretar que de reunir.

Entre los doscientos ochenta mil hombres cuyo llamamiento se había decidido en octubre, era preciso considerar como incapaz de prestar servicio alguno inmediato el alistamiento de 1815 que, merced al sistema de los anticipos, debía dar soldados de 18 y 19 años, es decir, niños valientes, pero débiles para los ásperos trabajos de la guerra. La Europa había visto perecer millares de aquellos niños que, llenos de ardor en el campo de batalla, no tardaban en sucumbir en los caminos y en los hospitales: Napoleón no quería ya gente tan joven, y si había pedido el alistamiento de 1815 era con la mira de formar con él una reserva que llenase los depósitos y ocupase las plazas fuertes. No había, pues, que contar más que con los ciento veinte mil hombres de los ejercicios anteriores; pero este alistamiento, el único útil, era de difícil ejecución, porque era preciso buscar hombres ya licenciados y que habiendo ya respondido á varios llamamientos por medio de sustitutos, se veían obligados á pagar hasta tres ó cuatro veces, por manera que aquel recurso á los ejercicios anteriores, aunque proporcionaba la mejor calidad de soldados, tenía el inconveniente de excitar los más vivos disgustos y de exigir consideraciones y miramientos que le hacían poco productivo, como que había que renunciar á los casados, á los individuos reputados necesarios á sus familias, y cuando se había contado con cien mil hombres, apenas se lograba obtener sesenta mil. Fundándose en la urgencia de las circunstancias, Napoleón discurrió recurrir á todas las quintas anteriormente exentas y tomar todos los solteros no retenidos en sus casas por las causas más legítimas. Evaluando en trescientos mil los hombres que podría sacar por este medio, hizo redactar un senadoconsulto que le autorizaba á levantar aquel número de hombres sobre las quintas anteriores desde 1813 á 1803. Aquellos trescientos mil hombres reunidos á los doscientos ochenta mil decretados en octubre, elevaban á cosa de seiscientos mil la quinta de aquel invierno, y nunca, fuerza es decirlo, nunca se habían hecho á una población llamamientos tan exorbitantes, tan ruinosos para las generaciones futuras. No era la oposición del senado la que se temía, sino la de las familias, y era muy dudoso que aun con la ley en la mano se las pudiese reducir á satisfacer tales exigencias.

Seguramente que si los seiscientos mil de que se trataba se hubieran podido juntar, instruir é incorporar á tiempo, hubieran sobrado tropas para arrojar á la coalición al otro lado de las fronteras; pero con la irritación de los ánimos contra la guerra, con la opinión reinante de que se hacía para Napoleón solo, ¿cuántos, entre aquellos seiscientos mil hombres, responderían al llamamiento del gobierno? ¿Y cuánto tiempo sobre todo habría para convertirlos en ejércitos regulares? Nadie podía decirlo. Napoleón, sin embargo, acostumbrado á la sumisión de los pueblos, á la incapacidad y á la lentitud de sus adversarios, esperaba obtener una gran parte de los hombres llamados á las armas y tener hasta el mes de abril para prepararlos á la próxima campaña, fundando sus planes sobre esta doble suposición.

Ya llegasen un poco antes, ya un poco después, era preciso pagar aquellos seiscientos mil hombres, y la hacienda de Napoleón, tan bien administrada durante quince años, acababa, como en todas las otras partes de su poderío, de sucumbir á impulsos del abuso que de ella había hecho. Ya se ha visto de qué manera sus presupuestos de setecientos cincuenta millones (sin contar ciento veinte por gastos de recaudación) habían ido ascendiendo sucesivamente hasta mil millones, después de la reunión de Roma, de la Toscana, de la Iliria y de las ciudades anseáticas. Habiendo tomado la guerra desde 1812 proporciones gigantescas, el presupuesto de 1813 se había evaluado en mil ciento noventa y un millones sin los gastos de recaudación.

Los gastos de la última campaña, á lo menos los que corrían á cargo del presupuesto, habiendo ascendido de seiscientos á setecientos millones, se calculaba que aquel presupuesto llegaría á la cifra, enorme entonces, de mil trescientos millones (mil cuatrocientos veinte con los gastos de la recaudación); por manera que en dos años se había llegado desde mil á mil cuatrocientos millones de gastos, y si consideramos los valores de aquella época se verá qué gravamen suponía una cifra tan considerable. Poco importaba esto sin embargo si lograba cubrirse, pero amén de los cien millones de exceso en los gastos, imputable á la guerra, los ingresos habían resultado inferiores en setenta millones á los productos anunciados: ciento setenta millones eran, pues, los que por excedente de gastos ó insuficiencia de ingresos iban á faltar al servicio de aquel año. Otro déficit había más enojoso aún: no pudiendo recurrir al empréstito, no queriendo recurrir al impuesto, Napoleón había discurrido vender los propios de los pueblos y realizar su valor anticipado por medio de bonos de la caja de amortización. Cuarenta y seis millones de aquellos bonos se habían aplicado al presupuesto de 1811, setenta y siete al de 1812 y ciento cuarenta y nueve al de 1813, pero este recurso había salido completamente fallido: aún no se habían podido vender arriba de diez millones de aquellos bienes de propios, á causa de las formalidades, que eran largas, de la miseria, que era extremada, y de la desconfianza, que era general. Los bonos emitidos, no encontrando empleo, estaban expuestos á una depreciación cada día mayor, y sin embargo escasamente se habían ofrecido por valor de unos veinticinco á treinta millones, y además se había cuidado de no distribuirlos más que á los asentistas: á pesar de esta precaución perdían ya de quince á veinte por ciento. El gobierno

se habría visto, pues, privado á la vez de los doscientos setenta y dos millones que debían producir aquellos bonos y de los ciento y setenta millones que faltaban al presupuesto de 1813, lo cual hubiera constituido un déficit total de cuatrocientos cuarenta y dos millones, déficit abrumador en una época en que no había medio alguno de crédito, si no se hubiera dirigido á todas las cajas del Estado y de la corona para obligarlas á recibir bonos de la caja de amortización, de los cuales había dado diez millones al Banco de Francia, sesenta y dos á la caja de servicio, cincuenta y dos al patrimonio extraordinario, lo cual agotaba, según ya hemos manifestado, los últimos recursos de aquel patrimonio.

Quedaba aún la caja particular de la corona, que contenía los ahorros de Napoleón sobre su lista civil. Napoleón, como ya hemos dicho en otra ocasión, merced á un admirable espíritu de orden había logrado economizar sobre su lista civil ciento treinta y cinco millones de los cuales había ido colocando sucesivamente diez y siete millones en el monte Napoleón de Milán, ocho en el Banco de Francia, cuatro en las salinas; había prestado trece á la caja de servicio y había empleado veintiséis en compra de bonos de la caja de amortización, quedando aún, á más de tres ó cuatro millones para las necesidades corrientes de la corona, sesenta y tres millones en oro y plata depositados en un sótano de las Tullerías, recurso extremo que guardaba como precioso, no para proporcionarse en caso de desgracia medios de existencia en país extranjero (baja previsión indigna de su generoso espíritu), sino para sostener su última lucha contra el levantamiento universal de los pueblos.

Salvo aquellos sesenta y tres millones, Napoleón había, pues, vaciado todas las cajas para obligarlas á tomar los bonos que representaban el valor de los bienes de propios. Habiendo hallado así el empleo de ciento cincuenta millones de aquellos bonos, quedaba sobre el déficit total de cuatrocientos cuarenta y dos millones de que acabamos de hablar, un déficit actual de sobre trescientos millones, al cual no se sabía cómo hacer frente estando ya absolutamente agotados todos los recursos.

En semejante estado de cosas era de toda necesidad recurrir al impuesto; además, dirigiendo á la población, á título de urgencia, el enorme pedido de seiscientos mil hombres, bien podía Napoleón con igual título pedirle algunos centenares de millones. Por otra parte, el recurso del impuesto se había economizado mucho hasta entonces y era el único que permanecía intacto, bien que las contribuciones indirectas, impopulares en todos tiempos, estaban entonces muy desacreditadas, bajo el dictado de *derechos reunidos*; pero las contribuciones directas podían aún soportar un nuevo gravamen bastante fuerte. Añadiendo treinta céntimos solamente sobre la contribución territorial de 1813, era fácil proporcionarse ochenta millones casi inmediatamente realizables, y era posible obtener otros treinta millones por el doblamiento de la contribución mobiliaria.

Acordóse, pues, en consejo que se exigiría el pago de aquellas sumas en los meses de noviembre, diciembre y enero; á que se añadió un aumento de un quinto sobre el impuesto de la sal y de un décimo sobre las contribuciones indirectas. Estos recargos debían producir

desde luego ciento veinte millones sin demasiado gravamen, salvo á acordar más adelante lo relativo á los impuestos que habían de exigirse para el año 1814. Con estos ciento veinte millones, con las contribuciones ordinarias, con el tesoro de las Tullerías y con ciertos plazos impuestos á los acreedores del Estado, había medios para atender á las necesidades más urgentes.

Era preciso convertir en leyes aquellos pedidos de dinero. Napoleón, por un decreto fechado en las orillas del Rin había señalado el 2 de diciembre para la reunión del cuerpo legislativo, esperando poder servirse de aquel cuerpo para obtener recursos extraordinarios y reanimar el patriotismo de la nación. Ya cierto número de legisladores habían llegado á París y no parecían tan bien dispuestos como se deseaba, porque con el rápido aumento del peligro y la no menos rápida disminución del crédito de Napoleón, la independencia renacía en todos los ánimos. Era, pues, de temer que hubiese discusiones enojosas, y además, por pronta que fuese la discusión de las medidas propuestas, no podía efectuarse antes de mediados de diciembre, y la cobranza de los céntimos tenía entonces que aplazarse hasta el mes de enero, siendo así que se necesitaba inmediatamente; por lo cual se tomó el partido de disponer por un simple decreto la recaudación de los céntimos extraordinarios, lo cual hacía ganar un mes. Aquel modo de proceder absolutamente imposible bajo un régimen legal y regular, estaba autorizado por más de un precedente; en efecto, ya para pagar el equipo de los jinetes votados por los departamentos, ya para repartir con más igualdad la carga de las requisiciones convirtiéndola en contribuciones públicas, los prefectos no habían titubeado en imponer céntimos adicionales por su propia autoridad, y ya fuese por el sentimiento de la necesidad, ya por hábito de sumisión, nadie había reclamado. El emperador, en vista del peligro, podía muy bien atreverse á lo que se habían atrevido los prefectos, y un decreto expedido el 11 de noviembre, á los dos días de su llegada á París, dispuso las cobranzas que acabamos de enumerar. No era grande el crimen si se compara con todo lo que el gobierno imperial se había propasado á hacer en punto á ilegalidades, y en todo caso tenía por excusa la gravedad y la urgencia del peligro; pero aquel acto, como tantos otros, prueba el caso que se hacía entonces de las leyes. Pareciendo ya menos necesario el concurso del cuerpo legislativo, puesto que se había prescrito por un simple decreto la imposición de las contribuciones extraordinarias, aplazóse su reunión del 2 de diciembre al 19 á fin de evitar discusiones importunas. La precaución, como pronto veremos, no era de las mejor discurridas, porque aquellos legisladores que casi todos estaban en París sin ocupación alguna, impregnándose de los sentimientos y opiniones de la capital, no aprendían así á ser indulgentes con un gobierno bajamente adulado cuando era todopoderoso, juzgado con mucha libertad desde sus primeros reveses y amenazado en la víspera de su caída de un desencadenamiento universal. Otro inconveniente de la convocación del cuerpo legislativo, que se había querido evitar, era la obligación de hacer elegir la cuarta serie (el cuerpo legislativo estaba dividido en cinco), cuyos poderes, que expiraban á principios de 1813, se habían ya prorrogado por un año. Como el reunir á los elec-

tores en aquel momento podía ser tan peligroso como recurrir á los diputados, se decidió á remitir á otro año la elección de la cuarta serie. Esta medida, la que abo- líala las listas de los candidatos para la presidencia del cuerpo legislativo y por último la de un nuevo llama- miento de trescientos mil hombres, correspondían natu- ralmente á la autoridad del senado, que siempre se suponía reunido y sumiso, como en efecto lo estuvo hasta la penúltima hora del imperio: convocósele, pues, para el 15 de noviembre y se le presentaron aquellas tres medidas.

La reunión del senado se celebró con desusado apa- rato, á fin de herir la imaginación de las gentes, hablar á su corazón y excitar su entusiasmo patriótico; mas por desgracia cuando se habla rara vez ó demasiado tarde á las naciones, hay el peligro de ser escuchado con desconfianza ó de ser mal comprendido. En vano el orador del gobierno refirió los últimos reveses de nuestros ejércitos, en vano se desató contra la perfidia de los aliados, contra la fatal imprudencia cometida en el puente de Leipsick; en vano mostró lo que tenía que temer la Francia de una coalición victoriosa; poquísimas impresión hizo en un senado insensible y degradado, y sólo produjo un género de convicción, y fué el de que en efecto el peligro era inmenso, de que en efecto era preciso pedir grandes esfuerzos á la nación, sin mucha esperanza desgraciadamente de verla responder á se- mejante llamamiento al cabo de quince años de insen- sadas é inútiles guerras. Los trescientos mil hombres que debían tomarse sobre las clases anteriores fueron votados sin una sola objeción: igualmente se concedió el aplazamiento de la elección de la cuarta serie, por el motivo de que era urgente reunir el cuerpo legisla- tivo, motivo singular cuando se aplazaba desde el 2 al 19 de diciembre la reunión de aquel cuerpo, cuyos miembros estaban casi todos presentes en París. En fin, para suprimir la lista de los candidatos á la presi- dencia del cuerpo legislativo se hizo valer una razón no menos extraña, y fué que sería posible que los candi- datos propuestos ignorasen la etiqueta de la corte ó bien fuesen enteramente desconocidos al emperador. El se- nado se conformó tanto con los motivos como con la parte dispositiva de aquellos decretos y los votó sin decir palabra, como iba á votarlo todo hasta el día en que votase el destronamiento de Napoleón á propuesta de los extranjeros.

Estas medidas políticas, militares y rentísticas no habían dejado de ocupar á Napoleón desde su regreso á París. El acto de transferir de Mr. de Basano á mon- sieur de Caulaincourt la correspondencia con las cortes extranjeras era un primer resultado que hubiera podido considerarse como feliz á no haber sido tan tardío. Mr. de Metternich, al recibir la respuesta de Mr. de Basano, juntamente enigmática é irónica, había repli- cado el 25 de noviembre después de conferenciar sobre ello con las cortes aliadas, y su réplica contenía en substancia lo siguiente: Se veía con gusto, decía, que el emperador hubiese reconocido por fin en la especie de misión dada á Mr. de Saint Aignán un sincero deseo de paz, y que hubiese designado á Manheim para punto de reunión de un congreso, á lo cual se accedía desde luego; pero, añadía, no se veía con el mismo placer el cuidado que ponía el gobierno francés en evitar toda

explicación sobre las bases sumarias propuestas en Francfort, y no se podía menos de pedir antes de toda negociación la adopción formal ó la repulsa de aquellas bases.

Satisfactorio debía ser ver á los coligados insistir to- davía en la adopción de las bases de Francfort, aunque era ya muy dudoso que en aquel momento lo hiciesen de buena fe, y convenía cogerles la palabra para que no se volviesen atrás. La presencia de Mr. de Caulaincourt en el departamento de los Negocios extranjeros no ha- cía dudosa la respuesta: insistió cerca de Napoleón y obtuvo que se respondiese como hubiera debido ha- cerse el 16 de noviembre. Sin perder un instante escri- bió el 2 de diciembre que al acceder á la idea de un congreso y al principio de la independencia de todas las naciones establecidas en sus fronteras naturales, se había tenido la idea de adoptar las bases sumarias traídas por Mr. de Saint-Aignán, y que en todo caso se aceptaban actualmente en términos expresos; que esas bases exigirían de parte de la Francia grandes sacrifi- cios, pero que la Francia los haría muy gustosa á la paz, sobre todo si la Inglaterra, renunciando por su parte á las conquistas marítimas que había derecho para reclamarle, consentía en reconocer por mar los principios de negociación que quería hacer prevalecer por tierra.

Es probable que dada diez y ocho días antes, esta respuesta hubiese impreso un curso muy diferente á los sucesos; á la sazón dejaba muchos pretextos á un cam- bio de resolución por parte de las potencias coligadas si, mejor instruidas de nuestros apuros, querían vol- verse atrás de lo que habían ofrecido en Francfort.

Resignándose á los límites naturales de Francia, Na- poleón se reservaba sin embargo retener todo lo que pudiese más allá de aquellos límites, y en las instruc- ciones del plenipotenciario que ya había elegido (mon- sieur de Caulaincourt) establecía las condiciones si- guientes: Concediendo que nada se le dejase al otro lado del Rhin, quería sin embargo conservar en la orilla derecha á Kehl enfrente de Estrasburgo, á Cassel en- frente de Maguncia, y además la ciudad de Wesel, si- tuada toda entera en la orilla derecha, pero que había llegado á ser una especie de ciudad francesa. En cuanto á la Holanda, no desesperaba de conservar una parte de ella abandonando las colonias holandesas á la Ingla- terra: en todo caso, tenía el proyecto de disputar sobre los límites que habían de separarla de la Francia, y de proponer primeramente el Yssel, luego el Leck, luego el Wahal, frontera de que estaba resuelto á no despren- derse y que le aseguraba lo que había arrebatado de la Holanda al rey Luis: quería además que la Holanda no volviese al dominio de la casa de Orange y que se constituyese bajo una forma republicana.

En cuanto á la Alemania, consentía en renunciar á la Confederación del Rhin, pero á condición de que ningún vínculo federal había de reunir á los Estados alemanes entre sí, y de que restituyendo á la Prusia el Magdeburgo y á la Inglaterra el Hannover, se formaría del Hesse y del Brunswick un reino de Westfalia, inde- pendiente de la Francia, pero destinado al príncipe Jerónimo.

Napoleón quería que Erfurt se concediese á la Sajo- nia en indemnización del gran ducado de Varsovia, y

que la Baviera conservase la línea del Inn, á fin de no tener que cederle á Wurtzburgo, lo que hubiera obli- gado á indemnizar al duque de Wurtzburgo en Italia.

En Italia admitía que el Austria tuviese, á más de la Iliria, es decir á Laybach y Trieste, una porción de territorio más allá del Isonzo, pero á condición de que la Francia había de avanzar en el Piamonte tanto como el Austria en el Friul. Todo lo que la Francia había poseído en el Milanesado, el Piamonte, la Toscana y los Estados romanos, constituiría un reino de Italia, igualmente independiente del Austria y de la Francia y reservado al príncipe Eugenio.

El papa volvería á Roma, pero sin soberanía tempo- ral. Nápoles quedaría en poder de Murat y la Sicilia en el de los Borbones de Nápoles. El antiguo rey del Pia- monte obtendría la Cerdeña solamente.

Las islas Jónicas volverían á uno de los Estados de Italia si se cedía la isla de Malta á la Sicilia: en el caso contrario, las islas Jónicas pertenecerían á la Francia con la isla de Elba.

La España sería restituida á Fernando VII y Portu- gal á la casa de Braganza, pero Inglaterra no retendría ninguna de las colonias de España y Portugal.

Dinamarca conservaría la Noruega. Por último, se insertaría un artículo que consagrara de un modo ge- neral á lo menos los derechos del pabellón neutral.

Tales eran las condiciones que quería presentar Na- poleón al futuro congreso de Manheim. Desgraciada- mente nadie pensaba en aceptarlas, y á pesar de la profunda sagacidad, á pesar del conocimiento que tenía de la situación, á punto de dudar que la coalición pu- diese ofrecerle seriamente las bases de Francfort, aún abrigaba bastante fe en sí mismo para lisonjearse de hacer escuchar en Manheim tales proposiciones. Verdad es que en aquel momento tenía una esperanza que po- día justificar sus últimos sueños, si llegaba á realizarse, y era la de que la guerra no empezaría hasta abril. Si en efecto los aliados, fatigados de aquella terrible cam- paña, se paraban en el Rhin hasta abril y le daban cuatro meses para preparar sus recursos, con los restos de sus ejércitos y con los seiscientos mil hombres vo- tados por el senado, podía sacar cuando menos tres- cientos mil combatientes bien organizados, y con estas fuerzas reunidas en su poderosa mano, arrojar al otro lado del Rhin al enemigo que hubiera osado pasarle. Es seguro que con trescientos mil hombres batiéndose en un terreno amigo, con su genio aguzado por la des- gracia, tenía muchas probabilidades de triunfar, pero ¿le dejarían aquellos cuatro meses? Tenía racional fun- damento para esperarlos? Aquí estribaba toda la cues- tión, y de ella dependían á la vez su trono y nuestra grandeza, no nuestra grandeza moral, que era impere- cedería, sino nuestra grandeza material, que estaba muy distante de serlo.

Por lo demás, Napoleón se comportó no como si hu- biera tenido aquellos cuatro meses, sino como si hu- biera tenido dos á lo sumo, y empleó los recursos pue- tos á su disposición con su prodigiosa actividad, natu- ralmente más excitada que nunca. Las plazas fuertes eran el primer objeto á que se necesitaba atender. Es- taban distribuidas en dos líneas: las del Rhin y el Es- calda, que cubrían nuestra frontera natural, Huninga, Belfort, Schelestadt, Estrasburgo, Landau, Maguncia,

Colonia, Wesel, Gorum, Amberes; las de lo interior, que cubrían nuestra frontera de 1790, Metz, Thionville, Luxemburgo, Mezieres, Mons, Valenciennes, Lille, etc., para no citar más que las principales. Al paso que se había rodeado de obras muy dispendiosas á Alejandría, Mantua, Venecia, Palma Nova, Osopo, Dantzick, Fle- singa, el Texel, las plazas indispensables para nuestra propia defensa, como Huninga, Estrasburgo, Landau, Maguncia, Metz, Mezieres, Valenciennes y Lille se ha- llaban en un completo estado de abandono. Las escar- pas estaban de pie, pero degradadas, las ramblas defor- madas, los puentes levadizos inservibles. La artillería insuficiente no tenía cureñas; carecíase de todo género de provisiones, de puentes de comunicación entre las diversas obras, de caballos para el transporte de los objetos de armamento y de operarios entendidos en trabajar la madera y el hierro. Los oficiales de artillería y de ingenieros que quedaban en el interior del territo- rio eran casi todos ancianos incapaces de sostener las fatigas de un sitio. No se había ni aún empezado á reunir abastos, y el dinero que, mediante una gran ac- tividad, permite suplir no á todo, sino á algo, el dinero no existía y era dudoso que el tesoro pudiese hacerle llegar á tiempo y en cantidad suficiente. En fin, se ne- cesitaban guarniciones y para formarlas se corría el pe- ligro de empobrecer el ejército activo, ya tan debili- tado.

Atendióse lo primero á las necesidades más apre- miantes. Era urgente hacer pasar de las plazas de la primera línea á las de la segunda los depósitos de los regimientos, á fin de desembarazar á las que podían ser sitiadas las primeras y de substraer del alcance del ene- migo aquellos depósitos que eran la fuente de donde sacaban su fuerza los regimientos. Esta medida, ya tar- día, era difícil, porque era preciso trasladar no sólo los hombres válidos é inválidos, sino también las adminis- traciones y los almacenes. Los depósitos que había en Estrasburgo, Landau, Maguncia, Colonia y Wesel fue- ron trasladados á Nancy, Metz, Thionville, Mezieres, Lille, etc. El mariscal Kéllermann, duque de Valmy, que había prestado tantos servicios en la organización de las tropas y que había mandado en jefe en Estras- burgo, Maguncia y Wesel, se trasladó á Nancy, Metz y Mezieres; traslaciones que inmediatamente se empen- dieron á pesar del rigor de la estación.

Napoleón mandó á los prefectos que proveyesen con toda urgencia al abasto de las plazas fuertes, por medio de requisiciones locales, pagando ó prometiendo pagar en un breve plazo los géneros y los ganados recogidos por fuerza: lo mismo debía procederse por lo tocante á las maderas y todas las materias necesarias.

Los mariscales que mandaban las tropas activas, el mariscal Víctor en Estrasburgo, el mariscal Marmont en Maguncia, el mariscal Macdonald en Colonia y We- sel recibieron orden de ocuparse tanto de la reorganiza- ción de sus cuerpos como de la composición de las guar- niciones. Todos los destacamentos que volvían de la 32.^a división militar, es decir, de los países comprendi- dos entre Hamburgo y Wesel, formaron el fondo de la guarnición de Wesel. El 4.^o cuerpo, resto desventurado de tantos cuerpos confundidos en uno solo, fué encar- gado de la defensa de Maguncia bajo las órdenes del general Morand, su antiguo jefe. El general Bertrand,

que había mandado últimamente aquel cuerpo, había sido nombrado gran mariscal del palacio en premio de su lealtad. Estrasburgo recibió algunos cuadros arruinados que debían llenarse con reclutas y guardias nacionales: la fidelidad de la Alsacia permitía recurrir á la milicia nacional, de la que á Napoleón no le gustaba hacer uso, salvo para la defensa de las plazas. Cuadros de artillería, formados á la ligera con reclutas, suministraron el personal de aquella arma, á la cual se dieron en cuanto se pudo buenos comandantes, agregándoles algunos oficiales de ingenieros elegidos entre los más jóvenes de los que quedaban en Francia, y á todos se les prescribió que empleasen el invierno en organizarse lo mejor posible. Preciso es reconocer que no pecaron por falta de celo.

Las medidas adoptadas para las tres plazas más importantes de la primera línea, Estrasburgo, Maguncia y Wesel, fueron, salvo algunas diferencias locales, ejecutadas en todas las demás. En la proximidad de la antigua Francia los guardias nacionales inspiraban ya más confianza para la defensa del país. Ya hemos dicho que Napoleón no se inclinaba mucho á emplearlos: sin duda se desconfiaba de ellos porque podían reflejar de un modo desagradable la actual disposición de los ánimos, pero sus motivos no eran exclusivamente egoístas. En un momento en que pedía á la población cerca de seiscientos mil hombres, temía llevar á su colmo la exasperación dirigiéndose á todas las clases de ciudadanos á la vez, y sobre todo á la de los padres de familia, que es la que principalmente compone la guardia nacional; además, careciendo de las materias necesarias para armar y vestir á sus soldados, prefería dar las ropas y las armas al ejército que no á los guardias nacionales: solamente en las plazas fronterizas adonde no había tiempo de enviar cuerpos organizados, y donde se hallaban ya establecidas sus milicias nacionales, muy animadas además de un espíritu militar, las admitió á completar las guarniciones. También consintió en servirse de ellas en algunas grandes ciudades de lo interior en las que el orden podía turbarse accidentalmente por la extremada agitación de los ánimos, y decidió que en aquellas ciudades los principales vecinos formados en batallones de granaderos y cazadores, armados y vestidos á sus propias expensas, mandados por oficiales seguros, estarían encargados de mantener la seguridad pública.

Ocupóse Napoleón en seguida del ejército activo. A los diversos males que habían asaltado á nuestras tropas desde su vuelta de Alemania, acababa de agregarse uno más terrible que todos los demás y era el tífus. Nacido en los hospitales del Elba, atestados de enfermos, traído al Rhin por los heridos y los rezagados, había hecho estragos espantosos, señaladamente en Maguncia. El 4.º cuerpo, elevado á quince mil hombres por la reunión de los cuerpos 4.º, 12.º, 7.º y 15.º, y luego hasta treinta mil con la sucesiva agregación de los soldados aislados, había perdido en un mes la mitad de su efectivo y reducido á menos de quince mil hombres. De los militares el tífus había cundido á los vecinos de los pueblos y murieron casi tantos de los unos como de los otros. Aquella horrible plaga había tomado, bajo la influencia de la miseria, formas atroces y que partían el corazón. Véase á nuestros jóvenes soldados, cuya constitución habían empobrecido las privaciones y la fatiga, gangre-

nárseles los dedos de los pies y de las manos y caérseles á pedazos. En Maguncia el terror había llegado á ser general, y á ruegos vivísimos del vecindario, los administradores, con la mira de disminuir la infección, habían dispuesto precipitadas evacuaciones hacia lo interior, medida que ocasionó nuevas calamidades y por la cual se encontraban en los caminos á cada paso carretas cargadas de infelices, unos muertos y otros expirando al lado de los cadáveres con los cuales iban confundidos. Además el contagio empezaba á extenderse de la primera á la segunda línea de nuestras plazas, y la ciudad de Metz se había estremecido al saber la muerte de algunos soldados atacados del tífus en sus hospitales.

Vivamente conmovido por aquel terrible espectáculo, el mariscal Marmont había trabajado mucho para disminuir el mal, empezando por impedir las evacuaciones que exponían á tantos desgraciados á perecer en los caminos y amenazaban con el contagio á nuestras ciudades de lo interior: había ocupado por fuerza todos los edificios que podían convertirse en hospitales y pasado los enfermos de un hospital á otro sin hacerlos transportar de pueblo en pueblo. Las requisitorias en los países circunvecinos habían provisto á las necesidades de los enfermos, y la plaga, merced á aquellas acertadas medidas, había parecido, ya que no disminuir mucho, á lo menos irse atajando en su marcha amenazadora. Sin embargo, uno de los regimientos del mariscal Marmont, el 2.º de marina, se había reducido en un mes de dos mil ciento sesenta y dos hombres á mil cincuenta y cuatro.

Autorizado por el emperador, el mariscal Marmont había hecho salir de Maguncia los cuerpos que no eran indispensables para la defensa de la plaza. El 2.º, mandado por el mariscal Victor, había sido ya dirigido á Estrasburgo: el 5.º y el 11.º, reunidos al mando del mariscal Macdonald, fueron dirigidos sobre Colonia y Wesel. Envió á Wesel el 3.º y el 6.º que estaban destinados á servir bajo sus órdenes, y no dejó en Maguncia más que el 4.º, que debía quedar allí de guarnición. En fin, por orden de Napoleón sacó de Maguncia la guardia, joven y vieja, caballería é infantería, y la repartió entre Kaisers Lautern, Dos puentes, Sarreguemines, Sarreluis, Thionville, Luxemburgo, Tréveris, etc.

En seguida dió Napoleón las órdenes para la reorganización de los cuerpos, de los cuales la mayor parte volvieron á convertirse en simples divisiones y contribuyeron de esta suerte á formar cuerpos nuevos: no hubo excepción más que para el 2.º acantonado en Estrasburgo y colocado cerca de sus depósitos, donde debía encontrar el medio de reconstituirse con más facilidad y de un modo más completo. Empezóse por tomar en los depósitos de infantería todos los soldados que contenían regularmente instruidos. De ellos esperaba Napoleón sacar quinientos hombres por regimiento y elevar de pronto á ochenta mil hombres la infantería de los diversos cuerpos acantonados sobre el Rhin. Los quintos pedidos á las clases anteriores por los últimos decretos, debían dirigirse á los depósitos más cercanos, instruirse y equiparse allí lo antes posible, y según hubiese por delante dos, tres ó cuatro meses, podrían elevar hasta ciento, ciento veinte ó ciento cuarenta mil hombres la infantería del ejército del Rhin. Los quintos de aquellas mismas clases pertenecientes á los departamentos fronterizos debían ir á las plazas fuertes, incor-

porarse en algunos cuadros que se dejarían en ellas y formarse quedando allí de guarnición. Aquellos seguramente podrían por desahogo instruirse y equiparse, con tal sin embargo de que tuviesen tiempo para llegar antes de que el enemigo sitiase nuestras fortalezas.

Después de haber atendido de esta suerte á la frontera del Rhin, Napoleón se ocupó especialmente de la frontera de Bélgica que debía ser la más amenazada si se trataba de disputarnos nuestros límites naturales. También se ocupó de la Holanda que cubría á la Bélgica. Estos dos países, mal guardados, estaban extraordinariamente agitados y era urgente enviar á ellos fuerzas respetables. El general Molitor, encargado de defender la Holanda, tenía por único recurso algunos regimientos extranjeros poco seguros y algunos batallones franceses débilmente compuestos; pobres medios que oponer á Bernadotte, que en aquel momento se dirigía hacia la Holanda con la mayor parte de su ejército, y no era por cierto el mariscal Macdonald, situado á treinta leguas con los restos de los cuerpos 5.º y 11.º, quien podía ser de grande auxilio al general Molitor. Napoleón se esforzó por enviarle á toda prisa algunos refuerzos.

Al principio se había lisonjeado de salvar las poderosas guarniciones de Dresde y de Hamburgo, que hubieran bastado sin duda alguna para mantenernos en posesión de la Holanda y de la Bélgica; pero ya hemos visto la suerte de la guarnición de Dresde, hecha prisionera de guerra con violación de todos los principios; y en cuanto á la de Hamburgo, mientras el mariscal Davout pensaba en ponerse á su frente y marchar con ella hacia el Rhin, las tropas de Bernadotte inundando la Westfalia, le habían obligado á encerrarse en sus trincheras; nada había, pues, que esperar por aquel lado, lo que equivalía á una pérdida de sesenta mil soldados para la defensa del imperio. Los regimientos del mariscal Davout, que habían suministrado batallones al primer cuerpo hecho prisionero en Dresde y al 13.º encerrado en Hamburgo, tenían todos sus depósitos en Bélgica. Napoleón envió algunos quintos á aquellos depósitos, esperando así componer un ejército de cuarenta mil hombres de infantería, que quería confiar al valiente general Decaen. Enviando también quintos y guardias nacionales á las plazas, sobre todo á Amberes, contaba con que aquel ejército, denominado del Norte, elevado á cincuenta mil hombres de todas armas, maniobrando entre Utrecht, Gorcum, Breda, Berg-op-Zoom y Amberes, y protegido por las inundaciones, bastaría para cubrir la Holanda y la Bélgica.

El ejército activo del Rhin podría entonces consagrarse exclusivamente á su encargo sin inquietud por la conservación de los Países Bajos, y hacer frente á las tropas de la coalición, que tomarían la ofensiva, ya viniesen en columnas separadas por Colonia, Maguncia y Estrasburgo, ya se presentasen en un solo cuerpo por una de aquellas tres direcciones. Acabamos de ver que Napoleón, tomando en los depósitos los hombres actualmente formados, y añadiendo luego á ellos los reclutas de las antiguas clases que, en caso de urgencia, se prescindiría de hacer pasar por los depósitos y se enviarían directamente á los regimientos, esperaba elevar primero á ochenta y luego á ciento cuarenta mil hombres la infantería de los cuerpos establecidos en el Rhin; lisonjeábase, reorganizando su caballería y su artillería, de

hacerlos ascender á doscientos mil hombres á la primera, y en fin á trescientos mil agregándoles la guardia imperial, á la cual proyectaba dar un ensanche que nunca había tenido. He aquí cuáles fueron en este punto sus combinaciones.

Aunque tenía graves inconvenientes, la guardia, por su excelente espíritu y por su vigorosa disciplina, había prestado los mayores servicios en la última campaña, unas veces decidiendo la suerte de las batallas, otras conservando en los reveses una entereza que no presentaba el resto del ejército. En aquel momento estaba reducida á unos doce mil hombres de infantería y á tres ó cuatro mil de caballería, y consistía en dos divisiones de *vieja guardia*, granaderos y cazadores, dos de mediana guardia, fusileros y flanqueadores, y cuatro de joven guardia, tiradores y fusileros. Como abundaba en soldados muy capaces de llegar á ser excelentes cabos y sargentos, era fácil extenderla sin alterar su espíritu ni disminuir su consistencia: de todos los cuerpos del ejército no había ninguno en que fuese tan fácil incorporar millares de mozos que inmediatamente se transformaban en soldados. Napoleón tenía para conseguirlo una facilidad más, debida totalmente á un solo hombre, y este hombre era el ilustre Drouot, oficial superior de artillería en la guardia y acabado modelo de todas las virtudes guerreras. Drouot, sencillo y aun algo tosco en su porte, no había sido en un principio apreciado por Napoleón; pero mientras que en aquellas guerras incesantes, progresando de consuno la ambición y el cansancio, se iba haciendo preciso recompensar mejor servicios menores, Napoleón reparó en la aptitud de aquel jefe, que conocía á fondo todas las partes de su oficio, que atendía á ellas con ardor infatigable sin cejar un punto, sin tratar como otros muchos de hacerse valer á medida que aumentaban las dificultades, proporcionando así en silencio su intrepidez á los peligros, su celo á los apuros, sin haber adulado antes á su soberano, sin tratar á la sazón de afigirle con sus censuras, y limitándose á servir con todas sus facultades al príncipe y á la patria, á quienes confundía en el mismo amor y en la misma lealtad. Napoleón como los déspotas de genio, gozando de los aduladores sin creerlos, no podía menos de estimar y de halagar á los hombres de bien cuando los encontraba, y poco á poco había experimentado una afición á Drouot que había aumentado con sus desgracias, y en el momento á que hemos llegado había resuelto confiarle toda su guardia. Había advertido además que el ministro Clarke sucumbía bajo el peso del trabajo y que su lealtad empezaba á titubear, con lo que se iba desconfiando de él profundamente: hizo, pues, de Drouot, sin conferirle otro título que el de su edecán, un verdadero ministro de la guardia imperial, confiándole el cuidado de todas las promociones, que iban á ser numerosas en un cuerpo destinado á aumentar considerablemente, y le confió además su último recurso, su *pera para la sed*, como él decía, los sesenta y tres millones, resto de sus ahorros personales, seguro de que Drouot equiparía los diversos cuerpos de la guardia con tanta economía como podía esperarse de la más pura probidad, de la más sostenida vigilancia.

En consecuencia, á virtud de las instrucciones de Napoleón, las compañías se elevaron de cuatro á seis en los batallones de la guardia: éstos debieron ascender á